

## CONFERENCIA XXIV

## EL HOMBRE COMPLETO

1. La justicia de la edad de oro desterrada del mundo hasta que vino á traerla Jesucristo.—Tocamos al término; un paso más, y con una sola ojeada abarcaremos reunido en síntesis general lo que hasta ahora hemos tratado en detalle.

El ascensionista se siente á veces dominado por la fatiga y el desaliento, precisamente en el instante de tocar la cima de la montaña. No llegaré, dice; ya he visto bastante; no podré ver más desde la cima. Bien puede ocurrir que sea este el lenguaje de muchos de los viajeros que caminan con nosotros. Quizá crean que han visto bastante en lo que al hombre completo se refiere; pero nos ocurre una pregunta: ¿Existe ese hombre completo?

Con mucha frecuencia dijeron los antiguos que jamás se realizó el ideal de su sabio. «Cada quinientos años aparece uno, como el ave Fenix», (1) decían; pero todavía no era aquel el ideal. Ni aun aquellos grandes hombres que se llaman Decio, Fabricio, Arístides, Catón, poseyeron jamás la verdadera sabiduría, la verdadera justicia y la verdadera fortaleza; no eran sino una imagen en miniatura, (2) que llevaba en sí innumerables imperfecciones. (3) Podría decirse que el mejor era el que «tenía menos defectos». (4) Así hablan los antiguos.

En general evitan los filósofos modernos que se resucite

(1) Séneca, *Ep.*, 42, 1.

(2) Cicerón, *Off.*, 3, 4, 16.

(3) Plutarco, *Profect. in virtut.*, 2.

(4) Séneca, *Tranquill.* 7, 4.

la cuestión. ¿Es prudencia de su parte, ó es vergüenza? No se sabe. Y vos ¿no vaciláis en tentar la empresa?

No podemos escuchar la confesión de tal desaliento sin experimentar profundo sentimiento de lástima. Teníamos más alto concepto del poder moral del hombre. Si comparamos el aprecio de la Edad Media por la antigüedad, como lo hemos visto más arriba, y el desprecio en que esa misma antigüedad tiene á sus hombres más ilustres, nos vemos obligados á decir que esto habla muy alto en favor de nuestra tesis.

Tampoco somos amigos de exageraciones: reconocemos en la antigüedad verdaderas virtudes; pero con sobrada frecuencia nos hemos convencido de que, en general, hay pocas virtudes perfectas, pocos hombres completos fuera del Cristianismo. Lejos de nosotros, sin embargo, censurar por ello á la civilización no cristiana. Eran de nuestra opinión los más elocuentes oradores de Grecia (1) y de Roma. (2) En otros tiempos, nos dicen los poetas, reinaba en la tierra la edad de oro. Espontáneamente, sin estimular el temor al castigo, practicaba cada uno la justicia y la equidad. Para asegurar la paz, no había necesidad de fortalezas ni de ejércitos; era desconocida la guerra, y daban fruto los campos sin cultivarlos. Pero era demasiado hermoso aquel reinado, no podía durar mucho. Rápidamente descendió la humanidad de tan encantadoras alturas, yendo á sumergirse más y más en el abismo. Á la primitiva edad de oro, sucedió la edad de plata, que fué reemplazada á su vez por la de cobre, y por último, dejó esta el puesto á la de hierro. Ó, como dice la leyenda germánica, hubo la edad del hacha, de la espada, del viento y del lobo.

«Desaparecieron entonces  
 »Los juramentos y alianzas,  
 »Tratados y compromisos,  
 »Todas aquellas palabras  
 »Que en los tiempos de equidad  
 »Tan fielmente eran guardadas». (3)

(1) Hesiodo, *Op.*, 174 y sig., 195 y sig. (Lehrs).

(2) Ovidio, *Metamorph.*, 1, 89-150.

(3) *Væluspa*, 46, 30.

Bogaron á toda vela la avaricia y el fraude; hizo la guerra horrorosos estragos, y más horrorosos fueron todavía los que causó el oro. No estuvo seguro el amigo cerca del amigo, y aun entre hermanos y esposos estaba poco afianzada la fidelidad. Fueron abatidos el amor y la piedad. Finalmente, la virgen guardiana de la justicia abandonó la tierra empapada en sangre, y en adelante, vivió desterrada de este mundo. No hubo lugar para ella entre los hombres que se aborrecían encarnizadamente, y que eran los unos para los otros objeto de terror. Sólo un hombre se ganó el nombre de justo en toda la antigüedad: fué Arístides, y por lo mismo fué desterrado por sus conciudadanos. «Uno de éstos, al cual le era tan desconocida su fisonomía como el arte de escribir, le rogó que en su lugar trazase el nombre de Arístides sobre la concha del ostracismo. Le preguntó Arístides qué mal le había hecho aquel hombre.—Ninguno, respondió; pero lleva el calificativo de «Justo» que aborrezco». <sup>(1)</sup> Tal era el lenguaje de los malvados en Egipto: «Tomemos, pues, en medio al justo, por cuanto nos es inútil, y es contrario á nuestras obras, y nos echa en cara los pecados de la ley». <sup>(2)</sup>

En verdad que, si así hubieran quedado las cosas, comprenderíamos que dudasen los hombres de la virtud perfecta, de la verdadera justicia. No nos maravilla que no creyeran en ellas los que, fuera de Cristo, no conocieron otra cosa en el mundo. Pero hemos visto ya que, si no apareció jamás hombre completo en el mundo, existió á lo menos uno, nuestro Señor Jesucristo. Fué el que predijeron los poetas paganos y los inspirados profetas del pueblo de Dios, como que había de hacer revivir la edad de oro, y volver á traer la Virgen desterrada. <sup>(3)</sup> Y no sólo ésta vino en Él, sino que por Él penetró de nuevo en las profanadas viviendas de los hombres. «Por Él, dice el Pro-

(1) Plutarco, *Aristides*, 7, 9, 10.

(2) Sabiduría, II, 12.

(3) Virgilio, *Eglog.*, IV, 6.

feta, será borrada la iniquidad, y restablecida la justicia». <sup>(1)</sup> En efecto, ésta fué la primera palabra con que dió á conocer el curso de su vida: «Conviene que cumplamos toda justicia» <sup>(2)</sup> y ésta fué también una de las primeras máximas que predicó en el monte: «Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos». <sup>(3)</sup>

**2. La justicia es virtud de poco lustre, y, sin embargo, debe ser la virtud de todos.**—Hemos discutido largamente hasta aquí, y con todos los pormenores, lo que para llegar á la perfección humana nos prescribe la razón, de conformidad con la doctrina cristiana, pero sin hablar por ahora de las obligaciones especiales que impone al hombre el Cristianismo. Ha sido nuestro intento evidenciar que, no sólo no ha lastimado el Cristianismo la aptitud y el destino puramente naturales del hombre, sino que él y sólo él las ha dado á conocer con toda claridad. Estas consideraciones nos han hecho recorrer un largo camino, que podríamos continuar todavía, sin llegar al fin. Pero ¿qué fruto podríamos cosechar de la enumeración de todas las virtudes y de todos los deberes? Concluiríamos por desalentarnos y por hacer esta pregunta: «Entonces, ¿quién puede salvarse?». <sup>(4)</sup> Limitémonos, pues, á lo que ya hemos tratado hasta el presente, resumiendo en una sola palabra todo lo que hemos dicho y todo lo que podríamos decir. No hubiéramos dejado de pronunciar esta palabra, aunque nos hubiéramos perdido en un sin fin de discusiones. La enseñanza más sublime sobre la perfección está siempre circunscrita á los límites de esta virtud.

Todos pueden realizar esta virtud. Aunque tenga poca apariencia exterior, aunque en general sea muy poco celebrada en el mundo, basta ella sola para hacernos completos, es decir, para hacer de nosotros hombres perfectos.

(1) Daniel, IX, 24.

(2) S. Mateo, III, 15.

(3) *Id.*, V, 6.

(4) *Id.*, XIX, 25.

Cuando habla la Escritura de los hombres más santos, no sabe tributarles más hermosa alabanza que proclamando la nobleza de esta virtud: Abel, el «Justo». <sup>(1)</sup> Noé, el «Justo». <sup>(2)</sup> Job, el «Justo». <sup>(3)</sup> José, el «Justo». <sup>(4)</sup> Con este corto y sencillo apelativo, cree haber dicho todo lo que se puede decir en honor de un hombre perfecto. Ni aún el discípulo, cuya vista de águila penetró en las profundidades del misterio de la vida, creyó poder glorificar más al «Autor y Consumador de nuestra fe», <sup>(5)</sup> al «Autor de la vida» <sup>(6)</sup> y al «Salvador de todos» <sup>(7)</sup> que dándole este nombre: «Jesucristo el Justo». <sup>(8)</sup>

### 3. La justicia es el conjunto de todas las virtudes.

—No hay entre las virtudes una más natural y más accesible á todas que ésta. Sin ella, nadie puede adquirir ni siquiera la simple honradez; con ella, se hace uno perfecto sin esfuerzo. Todo lo ha completado el que la posee con perfecta medida. ¿Qué son sino la justicia, el justo medio, la fidelidad en las cosas pequeñas, y la conservación del orden en las obligaciones? Donde se halla la verdadera justicia, no sufre atentado alguno el cumplimiento del deber, ni en la familia, ni en el Estado, ni en la sociedad.

La justicia, es la fidelidad á la voz de la conciencia y de la razón. La justicia establece la precisión de relaciones, entre la cabeza, el corazón, y la voluntad. No teme la justicia la gravedad de la lucha por una causa grande; la justicia huye de toda medianía. La justicia es el distintivo por el cual se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. <sup>(9)</sup> «La justicia libra de la muerte» <sup>(10)</sup> y «alla-

- (1) S. Mateo, XXIII, 35.
- (2) Génesis, VI, 9; Eclesiástico, XLIV, 17.
- (3) Job, I, 1.
- (4) S. Mateo, I, 19.
- (5) Hebreos, XII, 2.
- (6) Hechos Apost., III, 15.
- (7) Hebreos, II, 10.
- (8) I S. Juan, II, 1.
- (9) Íd., III, 10.
- (10) Prov., X, 2.

na los caminos». <sup>(1)</sup> «El que posee la plenitud de la justicia tiene la más elevada virtud». <sup>(2)</sup> «La justicia es el camino real que lleva á la vida». <sup>(3)</sup> «La justicia eleva las naciones» <sup>(4)</sup> y «afianza el trono de los príncipes». <sup>(5)</sup> «Su obra es la paz, y sus frutos la tranquilidad y el reposo eternos». <sup>(6)</sup> «La justicia es el fértil tronco que da origen á todas las virtudes». <sup>(7)</sup> «Quien puede decir de sí mismo que posee la justicia, puede afirmar que por todos lados lo envuelve la virtud como con manto protector». <sup>(8)</sup> «Tiene, pues, legítimo derecho al testimonio de respeto y de honor, puesto que comprende su nombre el conjunto de todas las virtudes». <sup>(9)</sup>

### 4. Triple empresa del hombre comprendida en la palabra «Justicia».

—Dios, cuyas obras son perfectas, relaciona con su propia perfección todo lo que ha creado sobre la tierra. <sup>(10)</sup> Á la aparición de cada obra que nacía con su soplo creador, decía que era buena. Dejó de pronunciar esta palabra ante su obra más perfecta, en cuya formación puso mano, y á la que con su aliento comunicó su propia imagen. Aunque sea la obra más perfecta de Dios, no es perfecto el hombre. Desde luego no posee desde el primer instante, en su perfección completa, todos los dones de la naturaleza, ni aun al recibir el más sublime obsequio que le ha hecho Dios, el don de la gracia con todos los dones sobrenaturales que forman su cortejo real. Necesita trabajarlos por sí mismo con el ejercicio, desarrollándolos así hasta la perfección. No se ha contentado

- (1) Prov., XI, 5.
- (2) Íd., XV, 5.
- (3) Íd., XII, 28.
- (4) Íd., XIV, 34.
- (5) Íd., XVI, 12.
- (6) Isaias, XXXII, 17.
- (7) S. Gregorio el Grande, *Mor.*, 19, 38.
- (8) Íd., 19, 32; *in Job*, 29, 14.
- (9) Aristóteles, *Ethic.*, 5, 1.—Chrysost., *In Matth. hom.*, 16, 4.—Lactancio, *Institut.*, 5, 5, 14.—Teodor. de Edesa, *Schol.* 14, *in Joan. Climac. scal.*, 26.—Sto. Tomás, 2, 2, q. 58, a. 6; cfr., q. 184, a. 3. Luis de Granada, *Guía de Pecadores*, p. 2, l. 2, c. 12.
- (10) Deut., XXXII, 4.

Dios con suponerle la obligación de reconocerse como obra de su Creador: le ha impuesto el deber de convertirse en obra propia suya. Como todo lo que ha hecho Dios, «salió el hombre recto de las manos de Dios». <sup>(1)</sup> Mas debe perfeccionarse con su propio trabajo. Á este fin se dirige el fin natural de su vida. La justicia hace hombres, la caridad cristianos. Practica la caridad el cristiano como cristiano, y la justicia como hombre. ¿No practica la justicia? Deja también de ser cristiano; porque nadie puede ser cristiano, si no es hombre, y no es hombre el que no practica la justicia. La verdadera caridad, hace verdaderos cristianos, y la justicia completa hace hombres completos.

**5. Sin la justicia para con Dios, no hay verdadera virtud. Sólo con ella puede llegarse al perfeccionamiento del hombre.**—Ahora bien, el hombre que quiere ser justo, debe practicar primero la justicia para con Aquél que le ha dado tantas pruebas de distinción. Quien considera virtud puramente humana una virtud que le separa de Dios, es tan injusto con Dios como con la virtud. Sucede á la virtud lo que al agua que no mana ni corre; no puede producir otra cosa que un pantano cenagoso. Sin base y sin fin, no es verdadera la virtud, ni sobre todo humana. Todas las cosas deben desarrollarse en conformidad con su origen, pues sólo así pueden encontrar su perfección. Salido de Dios el hombre, sólo puede perfeccionarse adhiriéndose á Dios. Si se desprende de la fuente de donde tiene origen su naturaleza, si olvida que no podemos cumplir con nuestras obligaciones con respecto á Aquél que nos ha dado el ser, renuncia ya para siempre á ser hombre completo. <sup>(2)</sup> «Porque quien no reconoce al Señor en sus obras, quien se deja enajenar de tal modo por la belleza de las cosas creadas, que no llega á comprender que la belleza del Creador debe ser muy superior todavía, justamente merece que se le trate de insensato». <sup>(3)</sup>

(1) Eclesiastés, VII, 30.

(2) Cfr. Lactant., *Inst.*, 5, 14.

(3) Sabiduría, XIII, 3, 3.

Y es más insensato aún el que reconoce á Dios, pero no «le glorifica ni le da gracias como á Dios». <sup>(1)</sup> Pero la «justicia perfecta» <sup>(2)</sup> consiste en reconocer á Dios como á nuestro Creador, como á nuestro Señor, y en vivir conforme á este conocimiento».

Hallamos también nuestra propia perfección en esta justicia para con Dios. «Servir á Dios es ser libre». <sup>(3)</sup> El autor de la libertad á nadie hace violencia para que le sirva; no quiere esclavos; quiere hombres libres, quiere hijos «que se gocen en proporcionar satisfacciones á su bienhechor y padre». <sup>(4)</sup> Pero «no es carga, es más bien honor cumplir con gusto lo que manda un tal Señor, haciéndolo como hombre libre y no por efecto de sombría violencia». <sup>(5)</sup>

¿Qué deshonesto rebajamiento lleva á veces en sí el servicio del mundo! ¿Ha exigido Dios del hombre, ni en mucho menor proporción siquiera, cosas tan difíciles y tan degradantes?

«Dios jamás cosa alguna prescribiera

»Sin que por compañero el honor diera». <sup>(6)</sup>

Sí, acompaña siempre el honor al mandamiento de Dios. Hay un antiguo proverbio que dice: «Servir á Dios es reinar». Del mismo lenguaje se sirvieron ya los antiguos filósofos. <sup>(7)</sup> Pero el axioma se nos aplica principalmente á nosotros, que reconocemos en Dios á nuestro Padre. Sólo falta que le estemos sumisos como hijos. De este modo participaremos de todo lo que es. El cumplimiento de la justicia que le debemos es para nosotros, la mejor garantía de que, á su vez, también practicará la justicia con respecto á nosotros. Y bien conocidos tenemos

(1) Romanos, I, 21.

(2) Sabiduría, XV, 3.

(3) Séneca, *Vita beata*, 15, 7. S. Agustín, *De quantitate animæ*, 35, 78. Paulino, *Ep. ad Roman.* (Aug. ep., 32, 4. II, 60 g.).

(4) S. Agustín, *Salmo 99*, 7. S. Bernardo, *Cantares*, 81, 9.

(5) S. Bernardo, *Ep.* 412. 1.

(6) Thomasin von Zerclaere, *Der Wælsche Gast.*, 7901 y sig.

(7) Philo, *Cherub.* 31. Paulino, *Ep.* 8, 40, *ad Licentium*; S. Bernardo, *In ob. Humb.*, 2.

su amor y su liberalidad para poder decir que practicará algo más que la simple justicia. ¿Podríamos dudar de que es éste el camino que con más seguridad nos conduce á la perfección? Nos ha dado como guía todas las criaturas para que nos lleven á ese fin, para que por ellas subamos hasta Él, y para que puedan servirnos de auxiliares en el cumplimiento de los deberes de justicia para con Él. Nos sale Él mismo al encuentro en el camino, nos fortalece con su virtud para perfeccionar aquello de que le somos deudores con relación á nuestra salvación.

Es de tal naturaleza el culto que le tributamos, que, si cumplimos fielmente con sus prescripciones, debe transformarnos en hombres mejores, haciéndonos verdaderos reyes. ¿Puede imaginarse mayor perfección que ser semejantes al soberano bien? ¿Puede tener nuestra sed de ciencia más elevado fin que recibir la verdad del Sabio de los sabios? Mostrarnos verdaderos hijos obedeciendo al Todopoderoso, es hacernos participantes de su poder. Poder amar á Aquél, cuya amabilidad no puede ser sobrepujada, con certidumbre de hallar correspondencia, por lijera que sea, ¿no es favor que en la tierra no nos atreveríamos á esperar de nuestros semejantes, después de haber experimentado tan amargas decepciones? En verdad que el que renuncia á la justicia que debe á Dios, no sabe de que bien se priva, siendo cierto y seguro que jamás llegará á la perfección.

**6. La justicia para con el prójimo es más bien exigencia de nuestro interés personal que servicio hecho á otro.**—Lo mismo decimos de la práctica de la justicia con respecto al prójimo. Cuando sacrificamos nuestra libertad en su servicio ó en defensa de sus derechos, en apariencia, creemos darle algo; pero, en realidad, ganamos nosotros más que él. Cuando se trata de hacer una buena obra, no consideramos con frecuencia sino el pequeño trabajo que nos cuesta, y no notamos que en muchos casos, más bien que cumplir con un deber, no hacemos sino trabajar en beneficio propio. Querer cumplir nuestras obliga-

ciones con la única intención de obtener un salario, sería hacer oficio de peón, y rebajar indignamente la virtud. «¿Qué recompensa mereceréis, si amáis únicamente á los que os aman?» Y ¿qué hacéis de más, si no saludáis sino á vuestros hermanos? ¿No hacen lo mismo los gentiles? <sup>(1)</sup> «Cuando das una comida ó una cena, no llares á tus amigos, ni á tus hermanos, ni á tus parientes, ni á tus vecinos ricos, no sea que te vuelvan á convidar ellos y te lo paguen. Mas cuando haces un convite, llama á los pobres, liados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no tienen con que corresponderte; mas se te galardonará en la resurrección de los justos». <sup>(2)</sup>

Pero si no debemos hacer el bien para que nos lo paguen al punto los otros, con mayor razón debemos evitar la ostentación de nuestras obras como si con ellas hiciéramos algo importante en obsequio de nuestro prójimo. En realidad nos son más útiles que á él.

¿Qué ventaja digna de aprecio puede haber para el prójimo, cuando reparo una pequeña injusticia que le había hecho, ó cuando rectifico una palabra mal dicha ó una conducta poco caritativa? Incomparablemente mayor es el nuestro, porque restablezco en mí la virtud de la justicia que había perturbado, ó bien, con ese pequeño triunfo sobre mí, fomento grandemente esa virtud. Hace más tiernos nuestros sentimientos la limosna que damos á un pobre, aunque en relación con nuestra fortuna, apenas si merecen mencionarse las cosas que le damos. Hace nuestro corazón más manso la palabra de consuelo que le dirigimos, y aumenta la energía de nuestras almas un pequeño sacrificio por el bien de ese hermano. No hay una sola acción buena, de cualquier categoría que sea, que, bajo todos los aspectos, no embellezca la vida de nuestra alma.

Por su persona, cada uno es un ser limitado, y cada día conoce que forman la base de su carácter personal sus aptitudes particulares. Y debe ser esto para él como un

(1) S. Mateo, V, 46, 47, 48.

(2) S. Lucas, XIV, 12, 13, 14.